

Las vacaciones de Dorita

Cuando Dorita y su hija preparaban la maleta para irse de vacaciones, fue cuando se enteró que también iría su novio. María aseguró que ya se lo había dicho, pero Dorita no recordaba cuándo. Ahora sus planes ya no eran lo mismo, ya no podría disfrutar de la compañía de su hija, otro lo haría por ella. En fin, los sacrificios de los padres.

A las ocho de la mañana las sorpresas continuaron, pues, el novio de María, no era el que ella conocía, era un tipo lampiño, de unos veinte años, que se había afeitado la cabeza y que casi no tenía cejas, lo cual le confería un aspecto ovoide. En ningún momento les echó una mano, ya en la calle, se sentó sobre su moto como lo hacían las Amazonas y balanceando los pies le recordó por unos momentos a un personaje de Alicia en el país de las maravillas.

Con la fresquita emprendieron viaje hacia Valencia, donde les esperaba la playa y sus alegrías. Poco a poco su velocidad empezó a menguar, hasta el punto de tener que ir en segunda, debido a una caravana de pocos kilómetros para salir de la ciudad. Así estuvieron durante cinco horas, fuera ya de Madrid por Cuenca aproximadamente. Entonces su hija que iba atrás con el novio empezó a dar rienda suelta a sus instintos básicos y Dorita no supo si debía decirles algo o *permitir*, pues, ya se sabe, hay que ser amigo de tus hijos. Se acordó de su Ex y de cómo le había costado un gran sacrificio hacerse de nuevo con la confianza de su hija, cualquier enfado de María era exteriorizado en una llamada a su padre y deserción de la casa materna por la paterna, por lo que decidió hacer que no veía, aunque sí se oía.

Después de diez horas de viaje, llegaron al pueblecito de la costa valenciana, lo miraron con alegría aunque estaban realmente cansados. Fueron directos al encuentro del apartamento, que rápidamente les mostró su dueño.

A solas los tres, Dorita dejó la maleta en la habitación que consideró sería para ella, pero se le antojó a su hija, ya que la iba a compartir, por lo que Dorita se tuvo que ubicar en un pequeño cuarto, con una pequeña ventana. Aunque sólo se tumbó un momento, se quedó dormida, despertando a las diez, cuando ya las sombras cubrían el horizonte. Se dio cuenta que la pareja se había marchado, bueno, era de esperar, salió a la terraza y disfrutó de la vista del mar, que le permitían los faroles del bello paseo. Le entró añoranza de tiempos mejores, pero, lo olvidó, se preparó una cena frugal y fue derecha a su dormitorio y en cuestión de un minuto, ya se había quedado dormida.

Con ganas de disfrutar, Dorita fue a la playa, la seguían su hija y el pelón con un bostezo detrás de otro. Allí se encontraron con un espectáculo difícil de olvidar, miles de personas atestaban el lugar. Dorita ya tenía experiencia, pero, se había dormido ese primer día más de la cuenta. Oteó de acá para allá y llegó a la conclusión que en aquella dirección había hueco. Allí se dirigieron y qué encontraron, que otro se les adelantó. Al final coger sitio iba a ser cuestión de sagacidad. Así que Dorita volvió a examinar el gentío y cuando volvió a ver hueco, pues, uno se iba en esos momentos, logró aparcar allí, y rápidamente como si reclamase un territorio, clavó la sombrilla, que enseguida abrió delimitando así su espacio vital. La pareja llegó después y como dos zombis se dejaron caer sobre unas toallas que oportunamente había dispuesto Dorita. Allí sentados, a veces se veía el mar, aunque era el transitar de unos para acá y otros para allá, lo que más abundaba. Por todas partes cuerpos de niños, jóvenes y viejos se ponían de un lado a recibir los rayos solares y de otro para

tostarse uniformemente, luego cuando ya habían acumulado suficiente calor, se iban a bañar. Dorita no iba a ser menos, así que fue a darse un chapuzón, sola, ya que los tortolitos habían vuelto a darse el piquillo.

Con un flotador en la cintura, pues no nadaba bien, Dorita saboreó el salitre del mar cuando algunas olas le pasaron por encima, oyó que había medusas y hasta le pareció ver sombras sospechosas flotando por ahí, pero, qué demonios, estaba de vacaciones y había que disfrutar.

Cuando volvió, la pareja se había marchado y su terreno había sido hábilmente usurpado con el viejo truco de esparcir las pertenencias para captar terreno ajeno. Esto no inmutó a Dorita que ya se había visto en años anteriores en situaciones parecidas y con el mismo disimulo, como si no fuera con ella, fue dándoles con el pie hasta sacarlas de su demarcación.

Allí sentada empezó a reírse viendo aquellos cuerpos de mujeres como si fueran una fábrica de neumáticos, estaban las michelines, las pirelli con sus enormes pechos, las goodyears embarazadas, las continentales, tan morenitas ellas y hasta las recauchutadas. Mientras se reía para sus adentros, una jovencita que tenía cerca la observaba a ella con cara de asco, pensando si se pondría ella a sí de horrible cuando llegase a esa edad.

La otra parte de las vacaciones consiste en ir de tapas, raciones de pescaditos, bebidas refrescantes y alegría, mucha alegría alrededor. Así Dorita comió y comió frituras y más frituras, cogiendo en pocos días algunos kilos. También cogió otra cosa, pero procuró no comentarlo con su hija, una mañana fue a la farmacia a pedir algo para la descomposición y cuando no la veían, pues había que tomarlo en las comidas se echaba un par de pastillas.

También fue a los mercadillos donde compró cosas que no necesitaba, pero, estaba en vacaciones.

Por las noches, pasaban motoristas hasta altas horas de la madrugada, también se oía la música del chiringuito que tenían más cerca y las juergas de los vecinos, como si las pareces fuesen de papel y como por las mañanas tenía que madrugar para coger buen sitio en la playa, empezó a mostrar ojeras, que no vio, pues, estaba en vacaciones y eso no importaba.

Allí hizo amistades nuevas Dorita, con un matrimonio, que además, vivía en el mismo barrio; qué pequeño que es el mundo. Al caer la tarde iban a pasear, se contaban sus cosas, y lo bien que estaban allí, fuera del agobio de Madrid, luego se despedían y cada cual iba a su nido.

Desde la pequeña ventana de su dormitorio, Dorita no podía ver el mar, ya que daba a un callejón, donde algunas noches, jovencitos drogados gritaban y orinaban y como estaban en un primer piso lo oía todo y cuando cerraba la ventana para dar un respiro a los oídos, resulta que se cocía. Aún así, las vacaciones eran estupendas, con un gran ambientazo, todo el día rodeada de gente.

La parejita no le dio mucho problema pues, a la semana de estar allí, parecía como si se hubieran enfadados y su hija se volvió más cariñosa con ella y el pelón marchó algunos días por la noche y volvió luego dando traspiés, a juzgar por la mesilla que rompió al caerse encima.

La vuelta ya no fue tan agradable, el recuerdo de los días pasados pesaba, así que apenas hablaron por el camino y la pareja tampoco tuvo ganas de dar rienda suelta a sus instintos,

así Dorita pudo conducir con más esmero.

Tres días después se encontraba en la escalera con una vecina, a la que contaba lo bien que había pasado las vacaciones, la buena comida, las playas, las paellas y lo bien que se dormía por las noches.

Llegó Dorita a su piso, se quitó los tacones y se echó en la cama. El silencio era denso, pues su piso daba a un descampado por el que no transitaban los automóviles y allí se tumbó en un sillón, pensando en lo bien que lo había pasado en vacaciones.

Adolfo Cabañero